

¡Oh Cenáculo! ¿Dónde estás? ¡Oh sagrada Mesa que soportaste el Cuerpo consagrado de Jesucristo! ¡Oh fuego divino que encendió Jesús sobre el monte Sión, arde, extiende tu llama, abrasa el mundo!

¡Oh Padre Santo, Vos amaréis siempre á los hombres, pues éstos poseen para siempre á Jesucristo! Ya no mandaréis rayos ni diluvios que devasten la tierra: la Eucaristía es nuestro arco iris. ¡Vos amaréis á los hombres, puesto que Jesucristo, vuestro Hijo, tanto los ama!

¡Cuánto nos ha amado este buen Salvador! ¿Será esto bastante para merecer nuestro agradecimiento? ¿Qué más se necesita para que nosotros en cambio le consagremos nuestros afectos y nuestra vida?

¿Tenemos todavía algún nuevo deseo? ¿Pediremos aún nuevas pruebas del amor de Jesús?

¡Ay, si el amor de Jesús en el Santísimo Sacramento no atrae nuestro corazón, Jesucristo ha sido vencido! ¡Nuestra ingratitud es mayor que su bondad; nuestra malicia más poderosa que su caridad! ¡Oh, no, mi Salvador; vuestra caridad me apremia, me acosa, me ata!

¡Quiero consagrarme al servicio y á la gloria de vuestro Sacramento; quiero, á fuerza de amor, haceros olvidar que he sido tan ingrato hasta hoy; quiero, á fuerza de abnegación, que Vos me perdonéis de haberos amado tan tarde!...



EL TESTAMENTO DE JESUCRISTO

Hic calix novum Testamentum est in meo sanguine.

«Este cáliz de mi sangre es mi Testamento.»

(COR., XI, 25.)

LA víspera de la muerte del Salvador, el Jueves Santo, el día de la institución del sacramento adorable de la Eucaristía!

He aquí el día más hermoso de la vida de Nuestro Señor. Es el día más grande de su amor y de su ternura.

¡Jesucristo va á perpetuarse en medio de nosotros. Su amor sobre la cruz es inmenso, y el día de su muerte nos atestigua claramente su amor; pero sus dolores terminarán, y el Viernes Santo no dura más que un día!

El Jueves Santo durará hasta el fin del mundo: Jesús se ha sacramentado para siempre.

I

En este día, pues, Nuestro Señor se acuerda que es padre, y quiere hacer su testamento; va á morir en breve.

¡Qué acto tan solemne en una familia!

Es, por decirlo así, el último de la vida, y se prolonga más allá del sepulcro.

Un padre da lo que tiene; no puede darse á sí mismo, pues no se pertenece; hace un legado á cada uno de sus hijos, como también á los amigos; da lo que tiene en más estima. ¡Pero Nuestro Señor se dará á sí mismo!

El no tiene ni riquezas, ni posesiones, ni fincas; ni siquiera tiene donde reclinarse su cabeza. Los que de Él esperan algún bien temporal, no obtendrán cosa alguna; su cruz, tres clavos, su corona de espinas; he ahí toda su herencia material.

¡Ah! ¡Si Nuestro Señor distribuyese herencias, cuántos buenos cristianos habría! ¡Todos querrían ser entonces sus discípulos!

Pero no, nada tiene que dar aquí en la tierra, ni siquiera gloria, pues esta gloria va á quedar bastante humillada en su Pasión.

Y, sin embargo, Nuestro Señor quiere hacer testamento. ¿De qué? De sí mismo. Es Dios y hombre; como Dios es dueño de su santa humanidad; Él nos la da, y con ella todo lo que Él es.

Nos la da verdaderamente; no como préstamo, sino como regalo, como dádiva.

El no se mueve, se hace como una cosa, para que nosotros podamos poseerle con toda verdad.

Se hace pan; su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad reemplazan la substancia del pan ofrecido; no se le ve, ¡pero allí está!

Y he aquí toda nuestra herencia: ¡Nuestro Señor Jesucristo! Él quiere darse á todos, pero no todos le quieren. Algunos hay que le querrían, pero que rehusan aceptar las condiciones de pureza y arre-

glada conducta que Él mismo estableció; y la malicia de estos tales tiene suficiente poder para anular el legado de Dios.

II

Admirad las invenciones del amor de Nuestro Señor Jesucristo!

Él sólo es quien ha inventado esta obra de amor.

¿Quién, á no ser Él, hubiera podido concebirla, ni siquiera se hubiese atrevido á pensar en ella?... Nadie, ni aun los ángeles.

¡Sólo Nuestro Señor es quien la descubrió!

¿Tenéis necesidad de pan? Yo seré vuestro pan.

Y murió contento, dejándonos pan; ¡pero, qué pan! Como un padre de familia que trabaja toda su vida, sin más objeto que dejar pan á sus hijos cuando muera.

¿Qué podía darnos Nuestro Señor Jesucristo?

En este testamento de amor, Jesucristo lo encerró todo, todas sus gracias y su misma gloria.

Nosotros podemos decir al Padre celestial: Dadme las gracias que necesito, y yo os pagaré con Jesús-Eucaristía, que me pertenece. Este es mi bien, mi propiedad, yo puedo comerciar con ella, y todas vuestras gracias, aun vuestra gloria, ¡oh Padre Eterno!, son inferiores á este precio divino.

Cuando hayamos pecado, tenemos una víctima que podemos ofrecer por nuestras culpas; esta víctima nos pertenece, es nuestra, pudiendo decir entonces al Padre celestial: Padre, yo os la ofrezco; Vos me perdonaréis por Jesús; ciertamente Él ha sufrido mucho y satisfecho bastante por mis pecados.

Y cualquiera gracia que Dios nos conceda, siempre está en descubierto con nosotros. Jesucristo, nuestro tesoro, vale más que todas las gracias, incluso el cielo.

Los sarracenos, teniendo cautivo á San Luis, tenían la Francia por rescate. Y así nosotros, poseyendo á Jesucristo, poseemos ya el cielo.

Aprovechémonos, pues, de este pensamiento; hagamos fructificar á Jesucristo. La mayor parte lo sepultan en su interior, ó le dejan en su sudario, sin servirse de Él para ganar el cielo y conquistar almas para el reino de Dios: y ¡cuántos hay así! Sirvámonos, pues, nosotros de Jesucristo para orar y reparar; paguemos con Jesús, que ciertamente es un precio superabundante.

III

¿Mas cómo después de dieciocho siglos viene á mí esta herencia?

Jesucristo la ha confiado á tutores que la han administrado, que la han conservado, para entregárnosla al tiempo de nuestra mayor edad: estos tutores son los Apóstoles, y entre ellos su jefe imperecedero; los Apóstoles la entregaron á los sacerdotes y éstos la ponen á nuestra disposición, abren el testamento para nosotros, y nos dan nuestra Hostia consagrada según el pensamiento de Jesucristo en la Cena: sí, para Jesucristo no hay pasado, presente ni futuro; este buen Padre ya nos conocía á todos en la noche de la Cena; entonces consagró en potencia y en su deseo todas nuestras Hostias, habiendo sido amados personalmente por el dieciocho siglos antes de nacer.

Sí, nosotros estábamos en la Cena, y Jesús nos reservó no una Hostia, sino ciento, mil, para que no nos falte en los días de nuestra vida. ¿Pensamos nosotros en esto? Jesús quiso amarnos superabundantemente. Nuestras Hostias están dispuestas, no perdamos ni una sola de ellas.

¿Nuestro Señor viene á nosotros para dar frutos, y nosotros le condenaremos á la esterilidad? No, jamás. Hacedle fructificar por sí mismo: *Negotiamini!* ¡No dejéis las Hostias infecundas!

La Cena duró tres horas próximamente; ésta es la Pasión de su amor.

¡Ah! ¡Qué caro costó este Pan!

Se dice á veces: El pan es cosa cara. ¿Qué es esto en comparación del Pan celestial, del Pan de vida?

Comámosle, pues es nuestro. ¡Nuestro Señor nos lo compró, El mismo pagó su importe; El nos lo da, no hay más que tomarlo!

¡Qué honor! ¡Qué amor!





EL DON DEL CORAZÓN DE JESÚS

Si scires donum Dei...

«¡Si conocieras el don de Dios!»

(JOANN., IV, 10).

JESÚS ha llegado al término de su vida mortal. El cielo reclama ya á su Rey: ha combatido bastante, y tiempo es que triunfe.

Jesús, sin embargo, no quiere abandonar á su nueva familia, á los hijos que acaba de adoptar. *Yo me voy y vuelvo á vosotros*, dice á los Apóstoles.

¿Volvéis, Señor, y quedáis entre nosotros, cuando os disponéis á partir?

¿Mas por qué maravilla de vuestro poder?

Este es el secreto y la obra de su Corazón divino.

Jesús tendrá dos tronos, uno de gloria en el cielo, otro de dulzura y bondad en la tierra; dos cortes: la corte celestial y triunfante, y la corte de sus fieles redimidos aquí abajo.

Y digámoslo de una vez: si Jesucristo no pudiera permanecer aquí en la tierra al propio tiempo que en el cielo, preferiría quedar con nosotros, que re-

008947

tornar al cielo sin nosotros. Él ha demostrado bien á las claras que prefiere el último de sus pobres rescatados á toda su gloria, y que todas sus delicias consisten en hallarse con los hijos de los hombres.

¿En qué estado quedará Jesús con nosotros?

¿Será pasajera, por un espacio más ó menos largo de tiempo?

Pero he aquí que en el alma de Jesucristo se suscita un combate admirable.

La justicia divina reclama y dice: ¿Acaso no se ha terminado la Redención? ¿No está fundada la Iglesia? ¿El hombre no ha sido puesto en posesión de la gracia y del Evangelio, de la ley divina y del auxilio para practicarla?

El Corazón de Jesús responde que lo que basta á la Redención, no satisface su amor; que una madre no se contenta con dar á luz á su hijo, sino que le alimenta, lo educa y le sigue á todas partes.

¡Yo amo á los hombres más que la mejor madre ha amado nunca á sus hijos! Yo permaneceré con ellos...

¿En qué forma?

Bajo la forma velada del Sacramento.

¡La Majestad divina quiere oponerse á semejante humillación, más profunda que la humillación de la Encarnación, más depresiva que la Pasión misma. La salvación del hombre no exige semejantes rebajamientos!

Mas yo quiero — responde el Sagrado Corazón — velar mi gloria, ocultarme á mí mismo, para que el resplandor divino de mi persona no impida á mis pobres hermanos acercarse á mí, como en otro tiempo la gloria de Moisés; quiero cubrir con un velo mis virtudes que humillarían al hombre y le lleva-

rían á desesperar de imitar nunca un modelo tan acabado y perfecto.

De este modo vendrá más fácilmente á mí, y viéndome descender hasta el límite de la nada, descenderá conmigo; yo tendré el derecho de decirle con más insistencia: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón.*

¿Por qué medio se perpetuará Jesús?

El Espíritu Santo fué el digno operador del misterio de la Encarnación. En la Cena obró Jesús mismo. Hoy, ¿quién será digno de tal misterio?

¡Un hombre: el sacerdote!...

A lo cual repuso la Sabiduría divina: ¿Cómo un hombre mortal encarnará á su Salvador y su Dios? ¿Será cooperador del Espíritu Santo en esta nueva Encarnación del Verbo divino? ¿Un hombre mandará al Rey inmortal de los siglos y será obedecido?

¡Sí, dice el Corazón de Jesús; sí, yo amaré al hombre hasta el punto de someterme á él en todo! Yo descenderé de los cielos á la voz de un sacerdote. Abandonaré mi tabernáculo á voluntad de los fieles. Iré á visitar á mis hijos en el lecho del dolor, atravesando las poblaciones... ¡El honor y la gloria del amor consisten en amar, entregarse, sacrificarse!...

Y objeta luego la Santidad divina: ¿Pero al menos no os hallaréis sino en templos dignos de vuestra gloria? ¿No tendréis sino sacerdotes dignos de vuestra realeza? En la Nueva Ley todo debe ser más hermoso que en la Antigua. ¿Os recibirán tan sólo los cristianos puros y bien preparados?

Mi amor es sin reserva, sin condición, contesta Jesús. ¡Yo he obedecido á mis verdugos en el Calvario: si nuevos Judas vienen á mí, recibiré todavía su beso infernal y les obedeceré!

¡Pero en este momento qué cuadro se presenta á la vista de Jesús! ¡Su Corazón vese obligado á combatir sus propias inclinaciones!

Las angustias del jardín de las Olivas le abruman ya. En Gethsemaní Jesús estará triste hasta la muerte al ver las ignominias que le esperan durante su Pasión. Derramará lágrimas de sangre ante la idea de que su pueblo se perderá á pesar de su sacrificio. Y sentirá terribles tormentos por la apostasía de gran número de los suyos.

¡Qué lucha, que angustias en el Corazón de Jesús al llegar á este punto!

El quiere entregarse totalmente, sin reserva alguna; pero ¿querrán todos corresponder á la intensidad de su amor?

Y los que crean, ¿lo recibirán con reconocimiento y gratitud?

Y los que así lo reciban, ¿le serán fieles?

¡Realmente el Corazón de Jesús no está incierto y vacilante, pero sí torturado!

El ve que habrá de renovarse cada día la Pasión en su Sacramento de amor;

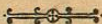
Que la renovarán corazones cristianos;

¡Corazones que le habían sido consagrados!

El ve que ha de ser traicionado por la apostasía, vendido por el interés, crucificado por el vicio. ¡El corazón de aquellos que le reciben será con harta frecuencia su Calvario!

¡Ah! ¡Qué sufrimiento para este divino Corazón!
¿Qué hará?

¡Se entregará!... ¡Se entregará á pesar de todo!...



LA PRESENCIA REAL

Testimonio de la Iglesia.

Eccce Agnus Dei.

«He aquí el Cordero de Dios.»

(JOANN., I, 36.)

LA misión de San Juan Bautista en la tierra fué la de anunciar y mostrar al Salvador prometido de prepararle los caminos.

La Iglesia cumple también la misma misión con respecto á Jesús-Eucaristía, misión más extensa, más constante, que abraza todos los países y todas las edades. Ella desempeña esta misión mostrando á Jesucristo en el Sacramento, predicándole con su palabra y con el testimonio de su fe, de sus obras: predicación muda, pero tan elocuente como la primera.

I

Preséntase ante nosotros la Iglesia con la palabra de Jesús en los labios, repitiéndola y explicándola con una autoridad igual á la del Salvador: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre.*

Ella nos dice, y nosotros debemos creerlo, que por la fuerza divina de estas palabras sacramentales, tomadas en su sentido natural y recto, Jesucristo se halla verdadera, real y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar, bajo las apariencias del pan y vino.

Ella nos dice, y nosotros debemos creerlo, que Jesús, en virtud de su omnipotencia, ha cambiado la substancia del pan en su Cuerpo, la substancia del vino en su Sangre, y que su alma y su divinidad acompañan la presencia de su Cuerpo y Sangre.

Ella nos dice, y nosotros debemos creerlo, que la obra divina de la transustanciación se verifica continuamente en la Iglesia por el sacerdocio de Jesucristo, al que Él invistió de su mismo poder con aquellas palabras: *Haced esto en memoria de mí.*

Y desde la primera Cena la Iglesia proclama esta fe á través de los siglos.

Sus Apóstoles dejaron oír siempre la misma voz, sus doctores enseñaron la misma doctrina, sus hijos profesaron la misma fe y patentizaron el mismo amor hacia el Dios de la Eucaristía.

¡Cuán majestuosa es esta voz de todo el pueblo cristiano! ¡Cuán bella y conmovedora la armonía de sus alabanzas y de su amor!

Cada uno de los verdaderos hijos de la Iglesia quiere aportar á los pies del divino Rey presente un tributo de homenajes, una dádiva de su afecto: quién trae oro, quién mirra, todos incienso. Cada uno quiere ocupar su sitio en la corte y en la mesa del Dios de la Eucaristía.

Los mismos enemigos de la Iglesia, los cismáticos, casi todos los herejes, creen en la presencia de Jesucristo en la Eucaristía... ¡Ah! es que hay que ser

muy ciego para negar el sol; muy ingrato para desconocer y menospreciar el amor de Jesucristo al perpetuarse en medio de los hombres.

En cuanto á nosotros, creemos firmemente en el amor de Jesús, y sabemos que nada hay imposible al amor de un Dios.

II

Al testimonio de su palabra, añade la Iglesia el testimonio de su ejemplo, de su fe práctica. Así como el Bautista, después de haber señalado al Mesías, se echa á sus pies para atestiguar la viveza, la intensidad de su fe, así también la Iglesia consagra un culto solemne, todo su culto, á la adorable persona de Jesús, que ella nos muestra en el Santísimo Sacramento.

La Iglesia adora á Jesucristo como Dios, presente y oculto en la divina Hostia. Le tributa los honores debidos á Dios sólo, se prosterna ante el Santísimo Sacramento como la corte celestial ante la majestad de Dios.

Aquí no hay distinción: los grandes y los pequeños, los Reyes y los súbditos, los sacerdotes y los fieles, todos indistintamente hincan sus rodillas ante el Dios de la Eucaristía.

¡Este es el buen Dios! exclaman con perfecta unanimidad.

La adoración no basta á la Iglesia para atestiguar su fe; ella añade además honores públicos, de fastuosa brillantez.

Esas espléndidas basílicas son la expresión de su fe hacia el Santísimo Sacramento. La Iglesia no ha querido construir sepulcros, sino templos, trasla-

dando, por decirlo así, el cielo á la tierra, donde su Salvador y su Dios encontrase un trono digno de él.

Con la más delicada y solícita atención, la Iglesia ha dispuesto hasta los menores detalles del culto de la Eucaristía; á nadie ha confiado el cuidado de honrar á su Esposo divino; y es que, cuando se trata de Jesucristo sacramentado, todo es grande, importante, divino.

Quiere ella que cuanto hay de más puro en la naturaleza, de más precioso en el mundo, sea consagrado al servicio real de Jesús.

En su culto, todo se refiere á este misterio, todo tiene un sentido espiritual y ultraterreno; todo posee una virtud, encierra una gracia.

¡Cuán á propósito es la soledad, el silencio del templo para el recogimiento del alma! ¡Cómo al encontrar postrados ante el Tabernáculo una asamblea de santos, nos vemos forzados á decir: «¡Ciertamente aquí hay algo más que un Salomón, más que un ángel!» Sí, allí está Jesucristo, ante quien se dobla toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

En presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, toda grandeza se eclipsa, toda santidad se humilla y reduce á la nada.

¡Jesucristo está allí!



LA PRESENCIA REAL

Testimonio de Jesucristo.

Videte quia ego ipse sum.

«Ved que soy el mismo.»

(Luc., XXIV, 39).

LA Iglesia nos lo ha dicho: Jesucristo está verdaderamente presente en la sagrada Hostia.

Mas el mismo Jesús manifiesta su presencia de dos maneras: interior y públicamente.

I

La manifestación interior tiene lugar en el alma del que comulga. Jesús obra en quien lo recibe un triple milagro.

Milagro de reformation.

Jesús confiere al que comulga un dominio seguro sobre sus pasiones. El mismo Jesús que ha dicho: *Tened confianza, pues yo he vencido al mundo; que*

dijo á la tempestad: *Cállate*, es el que dice también al orgulloso; al avaro, al hombre atormentado por la insubordinación de sus sentidos y al esclavo de sus malas inclinaciones: *¡Rompe sus ligaduras y que ande libremente!*

Y el que comulga se siente más fuerte. Parece que al salir de la santa Mesa pueda exclamar con San Pablo: *Dominaremos todos los obstáculos en virtud de Aquel que nos ha amado.*

Es un cambio súbito, un fuego que se enciende de repente.

Mas si no se hallase Jesucristo en la santa Hostia, no se realizarían tales prodigios; la naturaleza es más difícil de reformar que de formar.

Cuesta más al hombre corregirse, vencerse á sí mismo, que hacer una buena obra exterior cualquiera, aunque sea heroica. El hábito es una segunda naturaleza.

Sólo la Eucaristía, al menos según la marcha ordinaria de las cosas y los datos de la experiencia, es la que confiere poder bastante para reformar las malas costumbres que nos dominan.

Milagro de transformación.

No hay más que un solo medio para cambiar una vida natural en una vida sobrenatural, y éste es el triunfo de la Eucaristía, por el cual Jesucristo se encarga Él mismo de la educación del hombre.

La Eucaristía vigoriza en nosotros la fe. Eleva, ennoblece y purifica el amor: ella enseña á amar. El amor consiste en entregarse uno al ser amado; pues bien, en la Eucaristía Jesús se entrega totalmente, juntando el ejemplo al consejo.

La Eucaristía transforma también nuestro interior, comunica al cuerpo cierta gracia, cierta her-

mosura, reflejo de la belleza interior; en el rostro del que se acerca á la sagrada Mesa adviértese una transparencia de la divinidad, en sus palabras cierta dulzura y en todos sus actos una suavidad, que anuncia la presencia de Jesucristo, y que es el perfume de Jesús.

Milagro de fuerza, que hace que uno se olvide y se sacrifique.

Tal es el que se observa en el hombre frente á la adversidad, y sacando de la Eucaristía una fuerza superior á esta adversidad. Tal es el que ocurre en el cristiano, rodeado de calamidades, calumnias y angustias de todo género, y encontrando en la Eucaristía el reposo, la paz y la tranquilidad de su espíritu. Tal es el que se verifica en el fiel soldado de Jesús, que vence con la comunión las tentaciones, los asaltos de los hombres y del infierno.

En vano se buscará fuera de la Eucaristía esta fuerza sobrehumana.

Pues si la Eucaristía comunica esta fuerza, es porque Jesús, el Salvador, el Dios fuerte, está allí real y verdaderamente.

Tal es la manifestación interior que hace el propio Jesucristo de su presencia en el Santísimo Sacramento.

II

Manifestación pública.

Hase visto que algunos pecadores y profanadores del augusto Sacramento han sido castigados públicamente por su audacia. Jesús manifestaba con esto su justicia.

Apenas Judas recibió sacrilegamente el Cuerpo de su Dios; cuando entró en él Satanás; antes de esta comunión sacrilega, el demonio le tentaba, mas después, tomó ya posesión de él. *Et introivit in eum Satanas.*

San Pablo encontraba en las tibias ó sacrilegas comuniones de los Corintios la razón de su apatía, de su sueño letárgico en el bien: *Ideo multi imbecilles inter vos et dormiunt multi.*

La historia encierra terribles ejemplos de comuniones sacrilegas que han sido súbitamente castigadas por la justicia de Dios, á quien ultrajaban en la Eucaristía.

También aquí manifiesta Jesús su poder sobre los demonios.

Cuando en los exorcismos se quería apelar al último recurso para vencer á los demonios que habían resistido á todos los otros medios, se les presentaba la santa Hostia, y, lanzando gritos de rabia, cedían al poder del Dios presente.

San Bernardo, en Milán, colocó el cáliz y la patera sobre la cabeza de un poseso, y salió furioso el demonio, lanzando aullidos espantosos: ¡Jesucristo, nuestro buen Dios está allí!

¡Y cuántos enfermos curados por la Eucaristía! No se conocen todos los hechos de este género; pero Jesús, según atestigua la historia, continúa curando en el Santísimo Sacramento todas las enfermedades.

San Gregorio Nacianceno refiere este hecho conmovedor: su hermana, enferma desde mucho tiempo antes, se levanta una noche, se presenta ante el sagrado Tabernáculo, y dice á Nuestro Señor en el fervor de su fe: «No me levantaré de aquí, ¡oh Señor

mío! sin que me hayáis curado.» En efecto, se levantó, y estaba sana.

¡En fin, cuántas apariciones de Nuestro Señor bajo diversas formas! Gusta Jesucristo de renovar de vez en cuando el milagro del Tábor.

Estas manifestaciones no son necesarias, puesto que nosotros tenemos la palabra misma de la verdad: ellas atestiguan solamente que la palabra de Jesucristo se ha cumplido al pie de la letra.

¡Sí, Jesús mío, creo que estáis verdadera y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento: aumentad, aumentad mi fe!...

